

Maripopis

PALOMA BORDONS





Maripopis

PALOMA BORDONS

Maripopis

edebé

© Texto e ilustraciones: Paloma Bordons, 2023

© Ed. Cast.: Edebé, 2023
Paseo de San Joan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Coordinación de la Producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición, septiembre 2023

ISBN: 978-84-683-6109-3
Depósito legal: B. 4653-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Teresa
(mejor sin el Mari delante).*

Índice

1. El helado	9
2. ¿Patoso yo?	17
3. No quiero hacer torniquetes	27
4. Tengo una china en el zapato	35
5. Tengo unas manos perfectas	45
6. Ya soy mayorcita	55
7. Soy una pesada	61
8. Me hago rarita	71
9. El espejo	75
10. Beltrán	81
11. Un crimen sin muerto	89
12. Los tíos no se abrazan	99
13. El Cachalote	109
14. Cachalote no, Beltrán	117
15. Mi padre tiene las piernas peludas ..	131

1

El helado

Hay cola en la heladería nueva.
«Oferta de apertura: dos helados por el precio de uno», dice el cartel.

Y se ve que todo el barrio se ha enterado.

Mientras esperamos, elijo sabor. Estoy dudando entre triple chocolate y chocolate con pepitas de chocolate. Pero al final decido ser atrevida y escojo un gusto muy exótico que suena a japonés.

—Yo quiero *tiru... misu* —le pido al vendedor.

—Tiramisú —me corrige mi padre—. ¿Nos pone una bola de tiramisú, por favor?

El señor se le queda mirando y dice:

—No.

—¿No tiene de tiramisú? ¿No es ese de ahí?

En vez de contestar, el heladero dice:

—Tú eres Daniel Garrido, ¿verdad?

—Sí —dice mi padre.

—Pues no tengo helado para ti.

Mi padre hincha el pecho y me preparo para la que se avecina, porque menudo es mi padre cuando se enfada.

—Pero ¿tú quién te crees que eres...? —empieza.

—El Cachalote —dice el heladero con voz ronca.

Se infla al mismo tiempo que mi padre se desinfla. Y ya era grande de antes.

—El helado no es para mí, es para mi hija —murmura mi padre—. Solo es una niña.

—Sí. Es una pena —gruñe el heladero—. Es cruel hacer sufrir a los niños. A ver, ¿quién va ahora? ¿Tú, rubiales? ¿Qué te pongo?

Se pone a servir al que nos sigue en la fila y no vuelve a mirarnos.

Mi padre y yo salimos de la tienda sin helado. Yo estoy muy decepcionada por dos razones:

Una: que alguien ha tratado mal a mi padre y él se ha dejado.

Dos: que me he quedado sin helado de *timisará*.

—De todos modos hace frío, no apetece tomar helado —dice mi padre—. ¡Mira! Si hasta parece que va a llover.

—No va a llover para nada —refunfuño—. ¡Qué señor más raro! ¿De qué te conocía?

Mi padre suspira. Alguien grita mi nombre.

—¡Carla!

—Creo que ese niño te está llamando —dice mi padre.

Es Mariano, el nuevo. ¡Lo que faltaba! Hago como que no lo veo y sigo andando.

—No mires. Es el rarito de la clase. ¿Me explicas quién era ese?

—¿Cómo que rarito? —Mi padre se queda parado—. ¿Por qué le llamas así?

—Yo qué sé... ¡Por todo!

—¿Qué es todo? Dame un ejemplo.

Le podría dar montones de ejemplos: que a veces habla solo en voz baja; que se abrocha

hasta el último botón de la camisa; que usa camisa; que corre de una manera ridícula... Pero lo que me sale es:

—¡Usa paraguas!

—¿Eso qué tiene de raro? Yo también uso paraguas.

—Tú eres mayor. Es distinto. ¿Nos vamos o qué?

Pero no nos movemos y Mariano nos alcanza.

—¡Hola, Carla! ¿No te has comprado un helado?

Todo el mundo en la calle tiene un helado menos mi padre y yo.

—No.

—¿Quieres probar el mío?

Él tiene un cucurucho de fresa. Se está derritiendo y tiene muy mala pinta. No sé por qué, las cosas en cuanto las toca él empiezan a tener mala pinta.

—No, gracias. No me apetece helado. Hace demasiado frío. Y se va a poner a llover.

—Oh.

Mariano se queda parado y el helado le empieza a chorrear por el brazo. En vez de limpiarse, se queda mirándome. Luego, arruga la nariz y da un sorbetón. Hace eso muchas veces y la verdad es que te pone un poco nerviosa.

—Bueno, adiós —le digo.

Otra vez me quiero ir y otra vez mi padre no me deja.

—¿Estás en la clase de Carla, Mariano?

—Sí.

—No me suena tu cara.

—Es que soy nuevo.

—¿Y estás contento en el cole?

—No mucho.

Plof. Le cae un pegote de helado en el pantalón. Mi padre le da un pañuelo de papel para que se limpie y Mariano se las apaña para extender la mancha por todo el pantalón y parte de su camisa. ¿Te he dicho que siempre lleva camisa?

Mientras, mi padre sigue venga a preguntar:

—Vaya, vaya... ¿Te resultan difíciles las clases?

—No mucho.

—¿Es que no te tratan bien los compañeros?

Mariano vuelve a sorber. Mi padre le da otro pañuelo y los dos echan a andar juntos.

Yo voy detrás pero lejos, como si no fuera con ellos. Mi padre continúa con su interrogatorio. A él apenas le oigo, pero me llegan trozos de las respuestas de Mariano, porque tiene voz de pito.

—... Bueno, bromitas pesadas y eso...

—... Tanto como pegarme no... Capones y alguna zancadilla. Es más que se burlan.

—... Sí, algunos me llaman... cosas.

¡Jo, que si le llaman cosas! Siempre cosas que empiezan por *Mari*: Mari Torpe cuando se cae; Mari Mocos cuando sorbe; Mary Poppins cuando trae el paraguas; Mari Sabidillo cuando levanta la mano en clase. Y así todo. Pero Mariano no le habla a mi padre de esos nombres. A lo mejor le da vergüenza.

—No, si no me importa tanto ir por libre —está diciendo ahora—. Tengo mucha vida interior.

«Vida interior», te juro que ha dicho eso. A mi padre le hace mucha gracia.

—Yo creo que Carla también tiene mucha vida interior —sigue Mariano—. También pasa bastante tiempo sola.

Me planto de un salto entre Mariano y mi padre y rujo:

—¡Yo no tengo vida interior! ¡Y tengo muchos amigos! No como...

—¡Carla! ¡Qué modales son esos! —me corta mi padre con muy malos modales.

Me vuelvo a quedar atrás, enfurruñada. Muy atrás. Y muy enfurruñada.

Solo los alcanzo cuando se paran frente a nuestro portal.

—Entonces, te recogemos mañana a menos cuarto en la esquina esa —está diciendo mi padre—. ¿Te parece?

Mariano dice que le parece estupendo y se aleja diciéndonos adiós con la mano, como si fuéramos sus amigos del alma y no nos fuera a ver durante años. Por no mirar al frente, se choca con una farola. (También se choca

mucho con las cosas). Pero yo, de enfadada que estoy, no tengo ni ganas de reírme.